

Retrato de Don Vicente Aguilar

Por el Licdo. Don Manuel Echeverría Aguilar

Cubujuquí, 9 de diciembre de 1941.

Señor don Manuel Echeverría Jiménez

Valle del Guarco

Mi querido Manolo:

Solamente conservo un retrato de don Vicente Aguilar, hecho al pastel en Londres en 1857, que me obsequió nuestro primo Alejo Aguilar, por lo cual, siento mucho no podersele ofrecer a don Ricardo Jiménez para su colección de Presidentes y Vicepresidentes de Costa Rica.

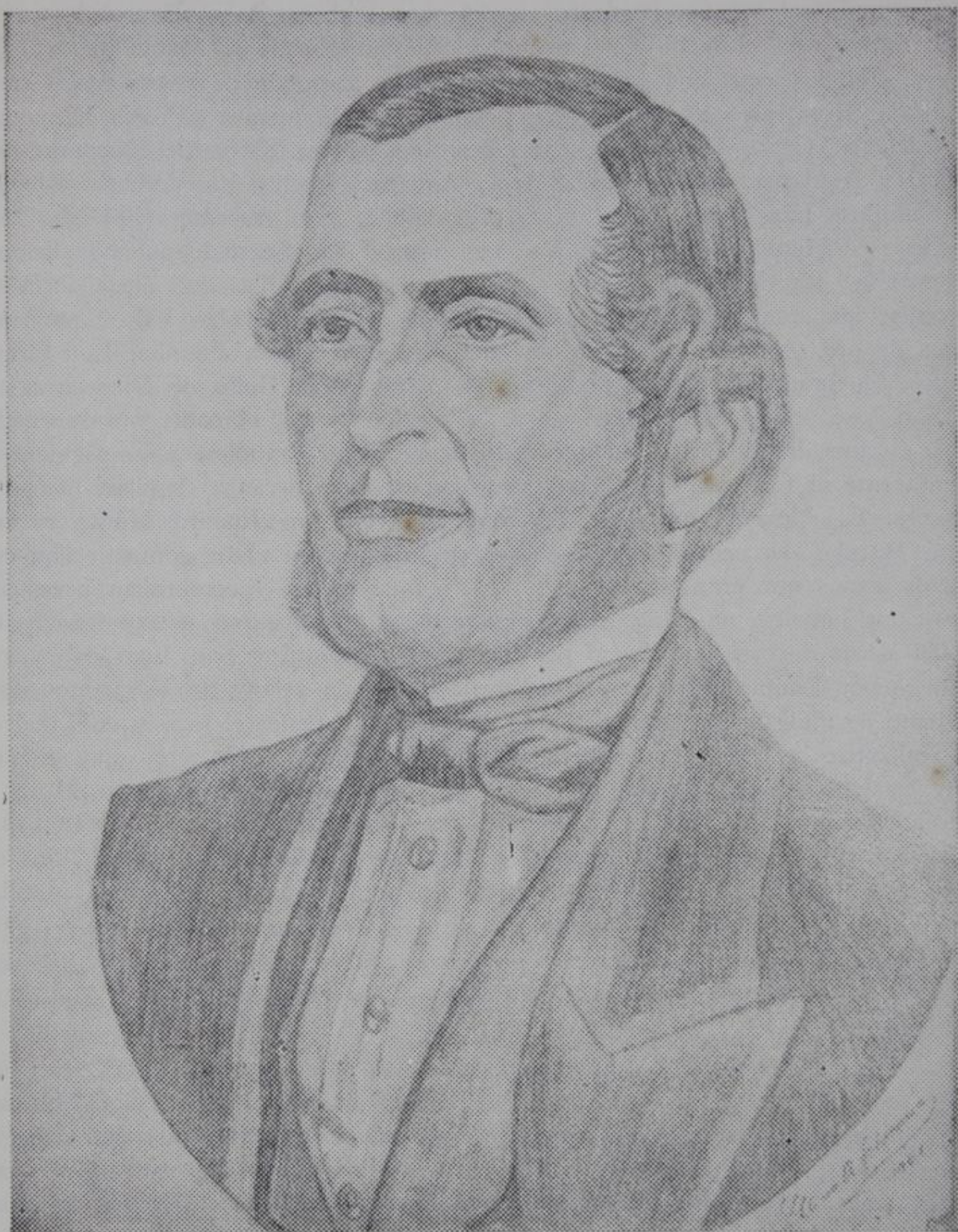
Mientras se saca una copia, trataré en cambio, de hacerle uno al natural y sin retocar, que tendrá por supuesto las imperfecciones de las pinturas hechas sin tener en frente al modelo, pero tal vez sea más verosímil, pues el diagnóstico *post mortem* es el único seguro y cierto, como le oí decir en el Hospital Dieu en París, al gran médico de enfermedades internas, doctor Lancerot. Helo aquí de cuerpo entero:

Nació este ilustre varón en Cartago el 6 de abril de 1808, en el hogar de Alejo Aguilar y Joaquina Cubero, natural ésta de Chinandega, Nicaragua, cuya hermana Santos casó con Francisco Aguilar, hermano de don Alejo, progenitores de nuestro benemérito Presidente el malogrado Francisco Aguilar Barquero. (*).

Aprendió a escribir con un sastre, de quien era oficial, con pluma de zopilote recogida en los Cerrillos y con tinta de jaboncillo de allí mismo. Estuvo en la escuela del Padre Paúl en Heredia, que era entonces la única en el país, que no fuera de primeras letras, con su hermano Ramón. Por cierto que el abuelo de don Ricardo, don Ramón Jiménez, no opinaba que tata Alejo los mandara a estudiar latín, temeroso de que después, cuando se creyeran señoritos, vieran al pobre viejo por sobre el hombro; pero mama Quina se empeñó en que *salieran de burros* y así fué. Fueron los únicos, de los numerosos hermanos, que surgieron: don Vicente se perdió de vista y llegó a ser el ciudadano más importante del país entonces, así como hoy lo es, a mi juicio, nuestro ilustre amigo y tu pariente don Ricardo Jiménez Oreamuno.

El tío Ramón a su vez fué muy respetado en Cartago, el más rico tal vez, y figuró como Ministro de Hacienda en tiempo de don Tomás Guardia.

(*) De niño oí contar en Cartago, que don Alejo Aguilar era hijo natural de don Pedro Carazo habido con una esclava negra o mulata. Don Alejo, cuando joven, fué mandador de las fincas del P. Carazo en el Guanacaste. A este linaje de Carazo debe indudablemente don Vicente Aguilar muchas de sus cualidades características.—J. V.



Don Vicente Aguilar, según el retrato de Londres. 1857

Fué nuestro abuelo, *matinero*; es decir, que sembraba cacao en Matina y lo traía a vender a San José personalmente. Así empezó a hacer fortuna, pues el cacao era nuestra moneda, como hoy el café. Al morir su padre, heredó novecientos pesos y a su prematura muerte dejó a su familia un millón, equivalente hoy a más de veinte.

Don Jaime Bennett, mi íntimo amigo y protector, que lo admiraba (esta es la palabra) decía que todavía no ha habido en Costa Rica, quien

haya reunido tal fortuna; figúrate que el parquecito frente al Banco de Costa Rica, donde está el busto de Pasteur, le fué adjudicado a Manuelita la hija menor, que casó con don Jaime Carranza Pinto, a razón de *veinte reales* vara cuadrada. Hoy vale a cuatrocientos colones por lo menos. Poseía haciendas en Cartago: Coris, Cucaracha, Aserradero de Birris, Sitios del Naranjo, El Cedral y Aquiares; en San José: María Aguilar, Sabana, La Verbena, Rincón de Cubillos, Las Pilas, La Laguna, Guadalupe, San Vicente (hoy de Mr. Challe); en Heredia: El Barrial, La Asunción, el Río Segundo que hoy llaman Echeverría, La Martínez, Santa Bárbara, La Lagunilla que llegaba hasta Heredia, que compró a don Rafael Moya y a don Nicolás Ulloa, por mil onzas de oro. Acciones en las Minas del Aguacate, Sacra Familia, Los Oreámunos, Quebrada Honda; la pesquería de perlas en el Golfo de Nicoya; casas en San José donde está La Despensa, la familia Dent, Lehmann y a la vuelta de la esquina, las dos casas en que vivió mi hermano Francisco y las siguientes, y en frente al Cabildo Viejo, hoy propiedad de las Carranza Aguilar, etcétera, etcétera. El Almacén que tuvo en compañía con don Juanito Mora era un “Bon Marché” en pequeño; allí había de todo y ¿quién podía competir con ese par de socios que eran más listos . . . y que traían y compraban personalmente en Jamaica, en Chile y en Inglaterra y que llegaron a exportar hasta 30.000 sacos de café que iba al principio por Sarapiquí y San Juan del Norte y luego por Puntarenas con seis meses de buque de vela y no sé cuantos días de lomo de mula, y que aquí lo compraban a veinte reales el saco y en Londres lo realizaban a cinco libras esterlinas—y las aduanas? No creo que fueran muy estrictas cuando llegaba un buque de mercaderías consignado a Mora y Aguilar. Siempre ha habido y habrá alcaides y vistas y fiscales de Aduana, que se hacen de la vista gorda cuando se trata de grandes y que tienen ojos de lince cuando examinan el triste equipaje de un cualquiera. Así es el mundo.

El año de 1835 hizo el volcán de Cosigüina una erupción tan fuerte que sepultó a León y sus cercanías en cinco varas de cenizas, las que llegaron volando por el Norte hasta México, por el Este hasta Jamaica, y por el Sur hasta Colombia.

Para librarse de esas expansiones se vino para Costa Rica el señor don Juan Salazar y Lacayo de Briones con su mujer doña Mariana Aguado de Mendoza y Croker (sangre aria), sus doce hijos y sus cien peones; trajeron hasta las piedras de moler el pinolillo y cuando testó don Juan dispuso que en la misma bóveda que él y su esposa fueran enterradas la Tana y la Toña, criadas fidelísimas insuperables en el divino arte de la Cocina y la preparación del *tiste* y del *tibio*, y así se hizo en el panteón del Cólera ya arrasado por la Junta de Caridad.

Doña Mariana, que era muy rica, compró casa en donde está hoy el almacén de Steinvorth y don Juan compró la finca de los Yoces e hizo una casota de campo al estilo de Nicaragua, que aun hoy está como cuando la edificó, y cultivó café, que beneficiaba en el patio de su casa. En la casa del frente a la de doña Mariana, hoy de la opulenta familia Dent, había una pequeña tienda de un morenito de Cartago de 27 abriles, que ese mismo año

había venido a San José expulsado por el otro volcán no menos temible llamado don Braulio Carrillo, Presidente del Estado.

El mismo (el morenito) barría su tienda y eso lastimaba a las niñas Salazares que salían a las seis de la mañana para ir a la Merced a oír su misa, y así empezó la simpatía que al andar del tiempo unió a la Dolores con el negrito del frente que era nada menos que el futuro Vicente Aguilar. Al principio la aristocrática familia no veía con buenos ojos esos amores de su hija predilecta y de *un vendedor de saraza*, pero tomando informes *pusieron abajo*, y casó la pareja el “día 27, cuarto domingo del mes de enero del año de 1839”. Don Vicente fué recibido bajo palio con el general beneplácito de la familia extraña y de la Sociedad de San José y de Cartago. Por esa feliz coincidencia y la conjunción del Cosigüina y del “Carrillo” estoy yo en esta vida contando el cuento y tú escuchándolo cien años después. Aunque Aguilar era moreno, por lo nicaragua, tenía facciones muy finas y aire distinguido. Cuando tuvo dinero se blanqueó, se hizo muy elegante, pausado en el andar y en el hablar, se vestía en Londres y no se apeaba el sombrero de pelo o chistera ni la levita traslapada, sino para ir a ver en las mañanas alguna de sus muchas propiedades.

Fué un partidario decidido de Morazán; estuvo preso por don Braulio, en cuanto aquel gran hombre vino en son de guerra, llamado por el país oprimido, a libertarlo de la tiranía insoportable de Carrillo.

Es digno de reflexionar que éste en vez de confinar a Aguilar, su joven enemigo, a Golfo Dulce a morirse, lo confinara a San José. Vió seguramente que era un joven de gran porvenir y no quiso privar al país de tan valioso elemento; ésto hay que abonárselo al Dictador clarividente y ecuaníme.

Don Juan Rafael Mora, su socio, lo hizo Vicepresidente por política y renunció muy luego a tan elevada dignidad—no opinaba por la intervención en Nicaragua. Participó en la revolución del 14 de agosto de 1859, con el doctor Castro, abuelo del Presidente Yglesias y don Julián Volio, gloria de esta ilustre familia, valiéndose de los coroneles Salazar y Blanco que fueron sus instrumentos y sus hombres de acción, y a quienes naturalmente elevó a Generales. El país en general alabó ese cambio de Gobierno, que ya fastidiaba por lo prolongado y de familia y vino la nueva era, nueva Constitución (muy buena por cierto) y Aguilar fué ministro *omnipotente* de Montealegre, como dice don Manuel Argüello Mora en una de sus novelitas intencionadas, que tienen mucho mar de fondo. Al fin tenía que respirar por la herida el simpático don Melico, sobrino muy querido de don Juanito Mora. Pero de todos modos, si no hubiera habido 14 de agosto, decía mi padre, tampoco habría habido 27 de abril once años más tarde. El mal ejemplo *cunde*, no hay duda.

Siendo ministro de Montealegre, murió Aguilar súbitamente el 26 de abril de 1861 de la ruptura de un aneurisma y parece que fué producida por la horrible impresión que le hizo cierto panfleto que escribió un enemigo suyo y que se lo hizo entregar en persona. Así me lo ha dicho uno de los decendientes del enemigo. Dios es quien da la vida y quien la quita cuando lo juzga

necesario, aunque al hombre le parezca una iniquidad. Ya habían atentado tres veces contra su vida, y una noche estando recostado en un sofá en su escritorio en su casa de habitación, frente al Banco Anglo, le dispararon de la calle un escopetazo a la altura de la cabeza. Mal tirador o mala escopeta, pero la bala tigrera se incrustó en la pared. La noche era oscurísima y no había entonces alumbrado en la ciudad. Los primeros faroles de canfín los trajo y regaló don Chico Iglesias (con i latina). Quien era el asesino? nunca se supo, pero las niñas Ramírez hijas de don Rafael (el del Código) le habían avisado que un negro Chileno estaba pagado para asesinarlo. Es claro que no fué Arancibia, pues no creo que fuera negro y ya hacía unos meses que descansaba en paz en la Chacarita. No obstante, nada afirmo fijamente pues no sé si el asesinato frustrado fuera antes o después de la invasión de don Juanito. Murió pues, un año después de los fusilamientos de don Juan R. Mora, el General Cañas y don Ignacio Arancibia (de quien nadie se acuerda nunca) y aunque es fama que él (Aguilar) fué quien aconsejó esta resolución, él decía que no había tenido la menor participación en cuanto a los Generales Mora y Arancibia condenados por un Consejo de Guerra compuesto por Iglesias, F. Montealegre, asimilados a Generales de División, Blanco jefe expedicionario, General Florentino Alfaro de Alajuela, hermano del ex-Presidente don José María y el General don Pedro García de Cartago y que por el parte oficial del Ejército Expedicionario supo el Gobierno la ejecución. No así en cuanto al noble General Cañas y esto muy a su pesar por ser su amigo, pero como era general salvadoreño comandante de la plaza de San Salvador y al servicio del Presidente Gerardo Barrios, juzgó ineludible votar la sentencia como todo el Gobierno pues así como se hubo de ejecutar en iguales circunstancias al General Morazán, había que proceder de igual manera con la ley en la mano. Se ve que también respiraba por la herida, pues que había sido su decidido partidario.

El entierro de Aguilar fué el más suntuoso y solemne de cuantos había habido aquí; se le hicieron honores de Capitán General y hasta su caballo de silla, el Macepa, fué llevado de la brida por un militar en el cortejo fúnebre. Sic transit gloria mundi.

Para completar este retrato copio de La Gaceta lo siguiente: (La Gaceta del 30 de noviembre de 1861, página 4, firma Fernando Estreber). "Don Vicente Aguilar no tenía simpatías por la persona del gobernante de 1850 a 1856 y de consiguiente no se afanaba en apoyarle y encomiarle. Ciertamente es que Aguilar no juzgaba al señor Mora propio para gobernar; su genio positivo, sobrio y de riguroso orden no podía hermanarse con el carácter distinto del otro; pero eso no excluye el hecho de haber respetado don Juan R. Mora, el juicio, las capacidades y la experiencia de don Vicente Aguilar, consultando con él en varias ocasiones importantes, ni el de haber prestado don Vicente Aguilar su cooperación en materias de interés público.

Y en efecto así sucedió.

En frecuentes conversaciones confidenciales y sumamente instructivas, en que don Vicente Aguilar me favoreció con interesantes transmisiones acerca

de la historia del país y de su propia vida, comunicándome sus experiencias y sus conceptos sobre personas y cosas. Le tocó también en su posición política en las diferentes épocas de la Administración pasada. No creo indiscreto referir aquí sucintamente lo que me manifestó respecto a los primeros años de la Presidencia don Juan R. Mora. Procuraré repetir sus propias palabras, en cuanto me auxilie mi memoria.

Excusado es decir para los que han conocido a don Vicente Aguilar que nadie menos que él ha sido ajeno a todo charlatanismo, vanidad y exageración. La sencillez, la seriedad y el fundamento sólido de su carácter, son garantía de la veracidad de sus palabras, y las circunstancias bajo las cuales hizo aquellas manifestaciones, alejan toda duda sobre su sinceridad.

“Después de las diferencias que habían terminado la Compañía que tuve con don Juan R. Mora”.—Así contó don Vicente Aguilar: “Nuestras relaciones se habían enfriado y no existía ya una armonía cordial. Sin embargo, me visitaba don Juan con mucha frecuencia en mi almacén. No me tenía confianza en cuestiones de su política personal, y yo por mi parte procuraba evitar una materia en que no quería ingerirme; pero me consultaba *constantemente* en negocios mercantiles, y me indicaba siempre las medidas y cuestiones que se ofrecían en el Gobierno, principalmente en la Administración de Hacienda. Como yo le conocía perfectamente y sabía que no le gustaba ser contradicho, observaba el sistema de externar anticipadamente mi opinión. Tan luego que lo había hecho, empezaba él a refutarme y buscar argumentos para demostrar mi equivocación. Entonces me abstenia de disputar y me daba tácitamente por convencido, sabiendo que éste era su objeto. Al siguiente día don Juan proponía y defendía en el Gobierno, como suya, la opinión que yo había expresado y que entre tanto había meditado. Casi siempre fué ésta la que se adoptó. Algún tiempo después de publicada la disposición respectiva, el señor Mora, se hacía desentendido de nuestra conversación anterior, y me exponía lo que había hecho como pensamiento suyo, que yo naturalmente aceptaba. De esta manera (concluyó don Vicente Aguilar) tenía yo en muchas materias interesantes, un influjo muy decidido en la Administración de don Juan R. Mora, y abrigo la conciencia de haber, no solamente contribuido a algunas medidas benéficas, sino también de haber impedido precipitaciones e ilusiones que eran tan del carácter de don Juan. Mas este influjo se limitó a los primeros años de su Administración. Poco a poco se retiró de mí, y yo por mi parte no tuve motivos para acercarme a él.

Mi nombramiento de Vicepresidente fué un compromiso a favor de *sus intereses* que yo no podía evitar sin peligro. No obstante, me sustraje de él cuando entendí que no se me concedía otra facultad que la de firmar todo lo que el Presidente había dispuesto de antemano, y principalmente de autorizarle ilimitadamente para negociar empréstitos públicos”.

El doctor Castro pronunció la oración fúnebre, que mi mamá se sabía de memoria.

A sus hijas les leía en las tardes, el Catecismo del P. Mazo y el de Perseverancia y la de semana tenía que jugar con él el chaquete.

“—Se limpia el ojo Aguilar—Redoblete, sin dudar—” Así decía una ensalada del año cincuenta hecha por el cómico Mendoza, pues él tenía obstruido el lagrimal del ojo izquierdo y cuando le proponían algún negocio, antes de contestar se pasaba repetidas veces el enorme pañuelo de seda de la India por el ojo, mientras lo pensaba,—Y siempre se echaba al saco al que lo quería engañar.

Una vez le propuso un tipo que le comprara su solar, que le daba mucho café, que tenía chayotera, aguacates, guineos, mangos, ruda, yerbabuena y malva. En fin—una mina.

—No lo vendás, le dijo don Vicente, ese cerco debes conservarlo pues sólo le falta que te dé el cacao molido. Este es cuento de don José Pinto el viejo.

—Don Vicente, le dijo un viernes en la noche don Ramón Ortiz (abuelo del gran Ernesto, mi querido amigo). Mañana temprano vengo por usted para que vayamos al Sesteo a comprar una madera de primera que debe ser para usted.

Estaban tratando la famosa madera cuando se acercó un gamonal de Santo Domingo muy bien montado en una hermosa mula. Saludó y sin darle tiempo, le dijo don Vicente: amigo qué buena mula—no la vendería?—A usted sí, don Vicente.—Cáminela para ver el paso que echa.

Cuando volvió el viejo, ya había cerrado el trato de la madera—Es muy buena la mulita—derrepente se la compro—y se quitó así un competidor, como se hubiera quitado un moscón importuno.

En Europa convino con sus banqueros que les pagaría el 12 % en cuenta corriente por lo que le adelantarán por café, pero exigió la recíproca. Aceptaron, pues aquí todos les eran casi siempre o sin el casi, deudores—y les colocó fuertes sumas hasta que le pidieron cacao, pues en Londres conseguían dinero al 2 ½ para prestarlo aquí al doce y el Banco Anglo llegó a cobrar el veinticuatro.

Mister Wallis debe estar chasparreándose, en el infierno será, pues los protestantes no creen en el purgatorio.

En esa ensalada del año cincuenta sacaban a las tías Salazares y a los tíos también, cuñados de Aguilar y a su mujer y a su suegra.

“Pongamos en el empiezo
a Juan Salazar, travieso,
qué flaco y lleno de escorias
lo ha dejado la Liboria.

“Porqué nos causará espanto
la nariz de don Antonio?
Será así la del Demonio?
Jesús doña Teresita
cuánto grano y berruguita.
Salga con Carmen y Juana
a entristecer la mañana.

No hay que tocar a Lupita
porque es mujer muy bonita
según don Manuel Carazo
que no es ningún flojonaso.
Inflamado tiene el bazo
la Dolores Salazar.
De Francisco no hay que hablar
ni del niño Jesús
no le apriete un patatús
a mi señora Mariana”
(la suegra)

Seguiré, copiando dos cartas de Streber y la contestación de mi padre y otra de don Bernardo Rivera Cabezas al Padre Carazo, nuestro ilustre pariente, que termina con un epitafio que había que grabar en la tumba de don Vicente.

San José, Abril 26 de 1862.

Apreciado señor y amigo:

Permítame una pregunta en confianza.

Hoy hace un año que falleció don Vicente Aguilar. ¿No habrá honras? No tendrá el periódico algún recuerdo?

Será una vergüenza, si la memoria del hombre más grande que ha tenido Costa Rica en la presente generación sería tan pronto olvidada i si se pasara en silencio i desapercibido un acontecimiento de tan funesta trascendencia.

Su obsecuente servidor i amigo,

Firma, ... F. Streber.

San José, Abril 26 de 1862.

Señor Dr. Don Fernando Streber
Su Casa.

Muy apreciable señor y amigo.

En contestación a la pregunta que en su estimable de hoy se ha servido hacerme, voy a darle las razones que hemos tenido en consideración para no hacerle honras a Don Vicente.

Hace poco que de esto se trató entre Mr. Allpress, Don Ramón Aguilar y yo; y todos hemos convenido en que es preferible sufrir la critica por que no se hayan hecho, que la que resultaría de hacerlas. ¿No le parece a Ud. Doctor, que sería un sarcasmo, aparecer en la iglesia los deudos de Don Vicente honrando allí su memoria, mientras que al mismo tiempo ellos mismos la deshonran en el Juzgado de Primera Instancia y en la Corte de Justicia? Los once mil pesos por que está demandado por uno de sus hijos no son honras bastantes?

En cuanto al Periódico, no veo la dificultad para que alguno de los que se llamaron amigos de don Vicente y que pueden escribir, se ocupen de

hacerle el recuerdo que le parezca. Ninguno de los individuos de la familia podemos escribir para el Público y aunque pudiéramos no lo haríamos porque esto se queda solo para las personas imparciales.

En fin Doctor, ya que Ud. ha tomado parte en este asunto, quisiera que se molestara en algo más. Consulte con el Dr. Castro y otros amigos de don Vicente y si ven que las honras deben hacerse se harán el Lunes o Martes de la semana entrante.

De mi parte le agradezco el interés que manifiesta por la memoria de la persona que más he querido y apreciado.

Soy de Ud. su affo. amigo,

Francisco Echeverría

San José, Abril 27 de 1862.

Sr. Don Franco. Echeverría.

Muy apreciado señor mío.

He hablado sobre el contenido de su estimada de ayer con unos pocos amigos que conocen el país mejor que yo. Aunque conmigo creen que las deshonras ante el juez de 1ª instª no tocan al finado sino aquellos herederos que las han promovido i aunque en las demás razones convienen conmigo; con todo me combaten i vencen con una razón poderosísima. Opinan que la función que propongo, con toda probabilidad será más bien un desaire i una derrota de los amigos que un triunfo, aun cuando el Gobierno i los amigos se empeñasen en hacer todo lo que cabe en su poder.

Es eso muy triste para Costa Rica; pero no se debe cerrar los ojos ante la verdad.

Así será preciso abandonar la idea i me limitaré a escribir algunas palabras en el periódico.

Como siempre atto. Obscecuento

Servidor y amigo.

firma . . F. S.

Señor Presbº Dn. Juan Manuel Carazo

Sonsonate Mayo 24 de 1861.

Muy señor mío y estimable amigo.

Hasta el 12 del corriente y después de haber salido el vapor, tube el sentimiento de saber la muerte de nuestro común y buen amigo Dn. Vicente Aguilar, que el Señor tenga en su santa compañía; y como le concidero a Ud., lo mismo que yo lo estoy, profundamente apesarado por la irreparable pérdida le doy el pésame y desde aquí lo acompaño en tan justo sentimiento.

El señor Aguilar era un hombre verdaderamente estimable, era un fenómeno de aquellos que se dejan ver entre nosotros de tiempo en tiempo como los cometas; su carácter reservado y su dedicación exclusiva a sus

negocios particulares y familia no le dieron tiempo para darse a conocer como hombre de estado; y cuando abandonó la vida privada para salir a la pública, el Supremo Legislador le llamó a juicio. Yo le traté muy de cerca, no en negocios mercantiles, simpatiqué con él por que la identidad en sentimientos políticos es la patria común de los hombres, y entonces pude conocerle sus virtudes cívicas y domésticas: este Señor a la cualidad de tener ideas eminentemente liberales, se unía los títulos de amigo leal y sincero; él tendría sus defectos, ¿pero quién por ventura no los tiene? Solo el hombre Dios es completo y perfecto; más nadie podrá negar a nuestro amigo su honradés y sus capacidades. El señor Aguilar era la columna que sostenía al Gobierno de esa República, hombre previsor y de consejo, sabía muy bien hermanar los principios democráticos con los de orden y progreso, y a él se debe mucha parte de la libertad y tolerancia que hoy existe en Costa Rica respecto a sentimientos políticos; así es que su muerte es una pérdida positiva para el país, que más tarde sentirá y todo buen Costarricense debe lamentarla; yo no lo soy, pero como buen Centro Americano la deploro, por que yo siento vivamente el desaparecimiento de los hombres importantes, cuyas sanas y benéficas ideas es una lastima que la muerte no les de tiempo para que puedan propagarse por toda la América Central. El señor Aguilar no había cumplido su misión en la tierra, apenas tubo tiempo para llenar cumplidamente sus deberes domésticos como buen padre de familia criando y estableciendo una larga prole a quién aseguró una posición demaciado lisongera, y cuando quiso cumplir con otro como buen ciudadano y patriota, la muerte cortó el hilo a su importante existencia. Hagase la voluntad del Supremo Creador.

Permítame pués mi querido amigo, que en conclusión de esta carta que ya se va alargando, consagre un recuerdo a la memoria de aquel buen amigo, en el siguiente epitafio.

Bajo de esta fría losa
Yace el amigo sincero,
El Patriota verdadero
Oculto está entre la foza.
A esta tumba silenciosa
Lanza un suspiro mi pecho
¡La Patria corone el lecho
Donde Aguilar hoy reposa!

Concluyo mi carta tomandome la franqueza de suplicar a Ud. tenga la bondad de manifestar de mi parte a toda la familia del señor Aguilar, que les acompañe sincéramente en tan profundo dolor.

firma, . . . Bernardo Rivera.

Era don Vicente Aguilar hombre de costumbres muy sanas; se levantaba a las cuatro y dedicaba las primeras horas a atender sus animales del corral; darle caña a los bueyes de las carretas que iban llegando, a los cerdos que trajo de

Jamaica etc., luego montaba e iba a alguna de sus fincas; dicen los mandadores que siempre se presentaba inesperadamente; no fué grosero con sus subalternos y sí intransigente con los ebrios, desconociendo como pariente a alguno que se le presentó *pasado de tragos*.

El mismo dice doña Teresita Román de Rojas que iba tocando las puertas de las casas de sus clientes a buena mañana a ver si necesitaban leña para ordenarla. Esto lo hacía a caballo, por supuesto.

De las once en adelante nadie reconocería al gamonal de la mañana, convertido en un señorón a estilo Luis Felipe.

No tenía intimidación con nadie, y sí amistades de cortesía y sociedad.

Tenía la sangre fría más notable. Una vez le cortó la mano con su cuchillo inglés que tenía desenvainado, a un chico que fué cojido entre las mazas de un trapiche; le metió luego el muñón en la cal, como a Nelson en Trafalgar, y lo salvó de la muerte.

Cuando invadió el país don Juan R. Mora, llegaron a su casa el Presidente y los demás miembros del Gobierno a decirle que había desembarcado con mil hombres; que en una carta de Mora a don José María Coronado, interceptada por supuesto, decía que había desembarcado un numeroso ejército (yo conservo esa carta) que las mulas estaban ensilladas para partir etcétera.

El les dijo: Juan Mora no trae cien hombres; lo conozco mucho, además si llega aquí se conformará con fusilarme a mí no más, y yo me presentaré— ¡Ah, si es así!—

Además señores, el primer deber de un gobierno es mantener el orden y a eso estamos obligados; si ustedes tienen confianza en mí yo respondo de la situación.—Sí Señor, si la tenemos, respondieron.—Llamen a Máximo Blanco.—Llegó Blanco y le preguntó: Cuánta tropa tenés acuartelada?—Trescientos hombres General.—Pues a Puntarenas, a llegar en el término de la distancia.—Entendido, mi General.—De pasada por Alajuela invitarás de parte del Gobierno al General don Florentino Alfaro (que era primer comandante) a que se incorpore al ejército y que quede en su puesto el Coronel Tomás Guardia.—Con esto descabezó la revolución pues don Florentino era Morista de acallao y de mucho prestigio.—Era hermano de don José María, el presidente que sucedió a Morazán.

Cuando el Cólera, se aisló Aguilar en su casa con su familia y criados y evitó que la peste los atacara.

Habla don Pedro Quirós: “Cuando vino Morazán fuí con una escolta a prender a don Vicente, de orden de Carrillo y no le dimos tiempo ni de acabar de afeitarse; lo llevamos con solo media cara razurada. Qué sangre fría de hombre!—Al bajar la escalera me dijo: ¡un momento! — y llamó ¡Eusebio! que era un patas, parásito de la casa.—Busca unos trapos y envuelve esos guineos para que no se los coman las viudas. Hecho lo cual dijo: Ahora sí vamos!—El no era hombre que se viera en un racimo de guineos; seguramente era una sepa que había traído de Jamaica; allá llaman guineo al banano que nosotros llamamos patriota.—¿Sería la primera mata que vino al país?—Bien puede ser. Pero señor ¡pensar en eso cuando no sabía si lo

íbamos a fusilar!—¡Qué valor de hombre!—Yo fui más tarde mandador del Barrial y fuimos muy buenos amigos, lo mismo que don Chico, su papá, que por cierto se me resintió mucho cuando el 27 y con razón porque él era íntimo de don Jesús!”

No era Aguilar un rico avaro, era hombre económico, eso sí.—Trajo de Europa carruaje, el único que había en San José, muy buenos muebles, importó caballos sementales de Chile y de Jamaica toros, vacas de primera, abonaba sus cafetales con güano del Perú y salitre de Chile, e importaba buenos vinos de Francia para su casa y su almacén. En cambio enderezaba clavos ante un gran cajón mientras vigilaba el negocio. Esto lo dice un Ministro Inglés en sus memorias, admirando (no criticando) al jefe del echequer, ocupado en esos menesteres, por no estar con los brazos cruzados.

Alto, de frente espaciosa, cabello muy fino, barba escasa, sin bigote y sí collar; corbatín, chaleco bordado, frac o levita, pantalón negro con trabillas y de puerta de calle y botín inglés que calzaba su bien formado pie.

Andaba a trancos, como Rothschild en la película y llevaba la chistera echada hacia atrás. Llenaba la calle, decía don Desiderio Oreamuno.

A todos los subalternos trataba de tú y nunca se exaltaba en la discusión. Lo único que respondía a las candorosas observaciones de su yerno don Francisco Pinto, que era terco, era: No hijo!—No hijo!

Aguilar fué un hombre excepcional sin duda; de una sangre fría nada común, de mucho cálculo y clarividencia tanto en la política como en los negocios; era ambidextro; es decir que usaba indistintamente la mano izquierda o la derecha; se levantaba a cualquier hora de la noche como si fuera de día y a pesar de sus múltiples ocupaciones, dió mucha importancia a la educación de sus hijos sirviéndoles de padre y de madre, pues quedó viudo muy temprano y no quiso volverse a casar.

No era avaro sino espléndido.

Vestía en Londres, como dije; era la única persona que tenía carruaje y lo facilitaba al Gobierno para servicio de los Ministros Extranjeros, trajo de Europa los mejores muebles, cuadros, vajilla (que aun perdura en la familia) y viajaba cada dos años, ya a Jamaica, ya a Europa, no de paseo, sino a vender su café y a comprar las mercaderías para su almacén.

Fué en fin, un precursor. Lástima que muriera tan temprano y que no hubiera sido Presidente.

Sus amigos eran la crême de la crême: don Juan Mora el viejo, don Juanito, don Cecilio Quesada, don Jesús Jiménez, el doctor Castro, don Francisco María Iglesias, los Montealegres, don Julián Volio, el padre Carazo . . . y sus parientes, decía, eran los hombres honrados, desconociendo a los maleantes y degenerados. No tenía y aconsejaba no tener intimidades con nadie y sí deferencia con todo fiel cristiano.

Tratemos de imitar sus virtudes.

Tuyo afmo. padre

Manuel Echeverría